

COMPLEJIZAR LAS ESTRATEGIAS FEMINISTAS: POLITIZAR LOS MALESTARES EN EL NEOLIBERALISMO

1

COMPLEJIZAR LAS ESTRATEGIAS FEMINISTAS: POLITIZAR LOS MALESTARES EN EL NEOLIBERALISMO

COMPLEXIFYING FEMINIST STRATEGIES: POLITIZING DISCOMFORTS
IN NEOLIBERALISM

Gabriela Bard Wigdor*

Resumen

Desde los aportes analíticos de los Materialismos Críticos Feministas, los feminismos del Giro Afectivo y los feminismos Descoloniales, reflexiono sobre el modo en que el orden neoliberal incide en las dimensiones corporal-emocional-anímica y práctica de lxs sujetos, especialmente en el plano de las resistencias bio-físicas-psíquicas-anímicas consideradas por los discursos sociales como oscuras y discapacitantes (pienso en la depresión, la ira o la ansiedad); así como en las respuestas institucionales que se ofrecen para abordar estos padecimientos, en especial las violencias por razones de género. Caracterizo como medicalizadas, patologizantes y burocratizadas a las lógicas hegemónicas de atención de los padecimientos singulares-sociales-estructurales de lxs sujetos desde paradigmas felicistas y con una sobre expectativa en la posibilidad de reparación regulada por el Estado. Como reflexiones finales, señalo la relevancia de politizar nuestros malestares y complejizar las respuestas que damos a los conflictos sociales desde los feminismos, a los fines de encontrar nuevas preguntas y estrategias que contribuyan mejores condiciones de vida.

Palabras clave: materialismos críticos feministas, feminismos del giro afectivo, descolonialidad, neoliberalismo, malestares sociales

Abstract

Drawing on the contributions of Feminist Critical Materialisms, Affect Turn Feminisms, and Decolonial Feminisms, I reflect on how the neoliberal order impacts the corporeal, emotional, affective, and practical dimensions of individuals, particularly in the realm of bio-physical-psychic-affective resistances that social discourses classify as dark or disabling (such as depression, anger, or anxiety). I also analyze the institutional responses offered to address these afflictions, especially gender-based violence. I characterize the hegemonic approaches to addressing the singular, social, and structural

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Centro de Investigaciones y Estudios Sobre Cultura y Sociedad (CIECS).

afflictions of individuals as medicalized, pathologizing, and bureaucratized, rooted in felicity paradigms and over-reliant on the expectation of state-regulated redress. As a concluding reflection, I emphasize the importance of politicizing our discomforts and complicating the responses we offer to social conflicts from feminist perspectives to foster new questions and strategies that contribute to better living conditions.

Keywords: feminist critical materialisms, affect turn feminisms, decoloniality, neoliberalism, social discomforts

Introducción

En medio de lo que llamamos una *crisis civilizacional de la globalización neoliberal*, se agudiza la necesidad de renovar las teorías críticas del capitalismo, recuperando una lectura feminista y descolonial sobre el carácter colonial, racial, de clase y de género del actual orden político y en especial, la dimensión afectiva en dirección a abordar los malestares de la época con su correlato político.

En ese sentido, los feminismos decoloniales (Lugones, 2008; Segato, 2013; Curiel, 2008; Vivero Vigoya, 2018) nos plantean la imbricación entre las intersecciones de opresión como la clase-el género y la raza y nos permiten iluminar aspectos del capitalismo que el marxismo clásico no consideró como son la reproducción social y su relación con la *acumulación originaria* (Falquet, 2017), la energía de trabajo de los cuerpos orgánicos y la capacidad reproductiva de los cuerpos gestantes y las mujeres, sobre todo racialmente marcadas. También los Nuevos Materialismos Feministas italianos y franceses (Delphy, 1998; Falquet, 2017; Federici, 2014; Guillaumin, 1992; entre otras) han sido claves en este último aspecto, dando cuenta del carácter fundamental del patriarcado para el capitalismo y de la reproducción social, dando cuenta de que la estructura de clase es una estructura de sexo-género.

Asimismo, en un momento histórico de ascenso de las Nuevas y Extremas derechas a nivel mundial, el Giro Afectivo feminista se torna un aporte analítico fundamental para pensar emociones y afectaciones sociales como el odio, la depresión y la ira en su traducción política. En efecto, existe una enorme dificultad para explicar el orden actual si no superamos la excesiva concentración teórica, sobre todo a partir de los 90', en la dimensión del lenguaje, del discurso y de la cultura desacoplados entre sí y de la materialidad de los cuerpos, las emociones y los objetos, así como de lo que estos hacen con nosotrxs. Al contrario, para este ensayo y los enfoques del que se nutre, la potencia analítica de la vida se encuentra en las tensiones entre materia y significación, donde se enredan intra-activamente de manera constante. Así, importa no solo el discurso acerca de los fenómenos que estudiamos y lo que estos hacen al cuerpo, sino lo que el cuerpo hace al discurso de manera traficada, contaminada y las pasiones que nos atraviesan y constituyen.

Illouz y Cabana (2019) nos hablan de las emociones y cómo lejos de ser presociales o preculturales, son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable. En efecto, es la fusión entre emoción y acción, lo que explica que los sentimientos sean elementos psíquicos, pero también culturales y sociales. Es decir, a través de las emociones representamos los condicionamientos culturales de personalidad y esta se expresa en los vínculos sociales inmediatos y estructurales. En esta línea reflexiva, en el presente texto asumo el desafío reflexivo de los Nuevos materialismos

feministas, el Giro Afectivo y las apuestas políticas de los enfoques decoloniales, para analizar el modo en que el orden neoliberal se expresa en malestares psico-físico-anímicos que nos (des) potencian, como son la depresión, la angustia y otro tipo de afectaciones consideradas enfermedades desde el “felicismo neoliberal” y la tecnocracia institucional. También, recupero estos aportes epistémicos y teóricos, para reflexionar en torno a las respuestas institucionales que se generan ante la violencia por razones de género, especialmente aquellas políticas y gramáticas hegemónicas que, en mi experiencia, aíslan el género de otras intersecciones como la clase social, la racialidad o la etnicidad, en favor de dar respuestas eficaces y rápidas a complejos conflictos sociales.

También, presto atención a los “aspectos destructivos y dañinos de la política emocional que no pueden ser reutilizados para buenos fines” (Wilson, 2021, p. 50), con el sentido de cuestionar aquellos discursos institucionales que insisten en la reparación ante problemáticas de violencia y tensionar políticas feministas que asuman la posibilidad de que no siempre se trate de transformar lo destructivo en productivo, sino de tolerar la propia capacidad de daño y las lesiones ya ocasionadas. Una vez asumida la negatividad de la agresión, superando la dicotomía occidental del pensamiento binario entre bueno-malo, mente-cuerpo o daño-remedio, exploro caminos analíticos que siempre tendrán un carácter *pharmakológico* de veneno y cura al mismo tiempo.

Finalmente, este ensayo es como todo escrito un relato, el cual parte de experiencias personales que son así mismo sociales, corporales e históricas, para dialogar con otras autoras sobre situaciones próximas a mi día a día, situándolas en su contexto y advirtiendo sobre las condiciones sociales y singulares que las atraviesan. De manera que es un escrito cargado de subjetividad, pasiones y una posición epistémica, teórica y política feminista, desde donde reflexiono sobre registros experienciales en torno al orden Neoliberal, las pasiones y los padecimientos que este despiertan, como la violencia por razones de género y exploro el cruce entre abordajes interpretativos que se apoyan en los feminismos materialistas, descoloniales y del giro afectivo.

Reflexiones situadas

“La guerra social puede tener la misma fuerza de impacto que una lesión cerebral, y la violencia de guerra puede golpear como una bala o una barra de hierro”.

Katerina Malabou

El ensayo como dispositivo de escritura nos permite explorar y desarrollar ideas de manera crítica y reflexiva desde experiencias personales, en mi caso desde el activismo feminista, el trabajo de mediación en situaciones de violencia por razones de género en la Universidad y en otros ámbitos estatales como el ex Ministerio de la Mujer de Córdoba. Especialmente importante, es la no menor cifra de más de 12 años que llevo acompañando casos de mujeres cis que viven violencia por razones de género en el marco de sus parejas sexoafectivas o en relaciones laborales; así como desde la investigación que desarrollo en el sistema científico tecnológico (CONICET) en torno a estudios feministas sobre la relación entre masculinidad hegemónica y violencia por razones de género, además de los diferentes proyectos de investigación-extensión que he dirigido en el campo problemático al que refiero. También, los 18 años que llevo como docente de grado y recientemente de posgrado de la Universidad pública, permiten conocer y comprender

efectos del orden social en la vida de lxs sujetos. En efecto, si bien todas estas experiencias no han sido sistematizadas y ordenadas como ameritaría una metodología científica, este escrito es de carácter ensayístico y en su dimensión situada, fragmentada y parcial, funciona como impulso de nuevos interrogantes que llevaron a un corpus de antecedentes teóricos para problematizar y comprender estos conflictos, así como delinear posibles recorridos de indagación e investigación de fenómenos sociales de estas características.

En ese sentido, si bien metodológicamente en términos de la ciencia dominante el ensayo no tendría la validez necesaria para ser científico, estos pueden ser de estricta rigurosidad intelectual y además creativos, porque habilitan un ejercicio de reflexión crítica que dialoga con diferentes dimensiones como son lo afectivo, lo racional y lo corporal; así como con la literatura relevante en el tema en cuestión. Así, a través de los enfoques que guían las reflexiones críticas de este ensayo, el diálogo con autoras claves en el tema y la interrogación a las experiencias adquiridas durante estos años en el campo de las violencias por razones de género, presento un escrito que se propone aportar pistas, interrogantes al debate sobre el orden social actual y sus efectos en los cuerpos y las relaciones sociales, así como a los modos en que los feminismos trabajan sobre el problema.

Asimismo, este ensayo es un modo de seguir debatiendo con la idea positivista de objetividad y neutralidad, asumiendo que la mayor objetividad posible es dar cuenta de lo subjetivamente radical que somos cuando escribimos. En efecto, este escrito nace del interés político y del compromiso emocional con la problemática de la violencia y la desigualdad porque también la experimento en diferentes aspectos de mi vida personal y colectiva. Además, desde un enfoque interseccional, también accedo a privilegios y gozo de diferentes oportunidades de empleo y consumo con relación a otros sectores sociales. Sin embargo, como documenta Wilson (2021), tanto la biología como lo socioemocional muestran que existen fuerzas agresivas dentro y entre cada una de nosotrxs por igual. No somos sujetos coherentes ni conformamos comunidades capaces de orientarse perfecta y exclusivamente hacia un bien común. La política y la subjetividad misma siempre implican hostilidad contra los objetos y las personas que nos rodean. En ese marco, la negatividad, los sentimientos y afectos que gozan de mala reputación, se convierten en virtuosos cuando valoramos que los estados negativos pueden proporcionar nuevas posibilidades para la política y la conexión con otrxs (si los reconocemos y les damos espacio). Este giro externo de hostilidad es para Wilson (2021), la marca de toda acción política, ya que, en formas importantes e inevitables, la política feminista ataca y daña aquello que ama: los vínculos sociales cuando se naturalizan.

Si pensamos en hostilidad, pensamos en vísceras y viene a mi cabeza el recuerdo de una conversación que es el impulso para escribir este escrito, la cual supe tener con una autoridad ministerial de un área de género provincial, donde me encontraba realizando una investigación entre el 2021-2022. En mi cuaderno de campo anoté el diálogo que tuvimos acerca de los datos que le ofrecí en un informe entregado a fines de su lectura y posterior conversación:

tenía dudas de si era yo solo el que advertía que estabas muy enojada cuando escribiste esto, entonces lo hice leer por otras personas y todas dijeron ‘esa chica está muy enojada con los varones’, está claro que no puede tener objetividad (cuaderno de campo de la autora, 12 de septiembre del 2023).

Su intervención apuntaba a descalificar la cientificidad de mi análisis, argumentando que el enojo nublaba las posibilidades de abordar un trabajo científico serio de los datos de campo.

La situación que describí anteriormente conectó con otro episodio de mi vida, específicamente cuando postulé a becas posdoctorales para el organismo de Ciencia y Técnica de Argentina, CONICET, recibiendo una evaluación sobre mi proyecto de investigación, donde un dictaminador consideraba que este escrito evidenciaba otra vez “enojo con los varones que sesgaba mis oportunidades de investigar objetivamente” (proyecto donde postulaba a beca posdoctoral en el año 2016). Estas situaciones se han repetido también en el campo político, donde la pasión, la rabia, las emociones fuertes en general, gozan de mala reputación o no son consideradas datos, informaciones sobre el contexto y modos de conocer el mundo, sino que, al contrario, obstáculos para el pensamiento racional masculinista. De modo que la colonialidad del pensamiento masculino, binario y occidental, ha sido un obstáculo para validar la pasión en mis investigaciones, así como para la escritura académica feminista que no reniega de las marcas singulares de la voz propia. Aparentemente, siglos y siglos de opresión heteropatriarcal y colonial sobre nuestros cuerpos, no es razón suficiente para que nuestros enojos nos guíen en la indagación del mundo. Moralizado y despreciado, el enojo es un sentimiento que debiera avergonzarme ante los ojos de los funcionarios y compañeros de militancia, porque me despojarían de un potencial crítico, del conocimiento y la denuncia de las desigualdades reales y potencialmente institucionalizables. Sin embargo, el enojo y la rabia han sido el gran motor de luchas sociales y de las escrituras de los grupos subalternos por siglos.

En ese sentido, como planeta Ngai (2007), las formas de afecto negativo son más propensas a ser despojadas de sus implicaciones críticas cuando el sujeto apasionado es feminizado. Sentimientos como ira, celos, enojo, se encuentran socialmente devaluados y producen una mayor ansiedad cultural sobre las respuestas antagónicas a la desigualdad que son específicamente formuladas por mujeres. Por eso, el feminismo materialista cuestiona la existencia de una verdad objetiva a la que llegar cuando analizamos problemas sociales y propone pensar el campo social como una contienda, un enfrentamiento y una conversación entre partes que no llegan a sentarse en la mesa desde las mismas condiciones objetivas.

Por otro lado, la incertidumbre y la espera no productiva son afectaciones no elaboradas y negadas en el neoliberalismo que demanda de nosotrxs siempre más, un plus. “Ir más allá” de unx mismx es el mantra neoliberal, vivir sin descansar o parar, sentir goce en superar las limitaciones orgánicas del cuerpo, tras una acumulación indefinida de logros como modalidad subjetiva de época donde la presión es constante. Malabou (2007) habla de estas pasiones neoliberales como formas de dominio de la esfera pública: la

manía por producir, la velocidad, el rendimiento, la racionalidad y la competencia. También podemos analizarlas como modos de reproducción de la masculinidad norma en los sujetos, donde se lleva el cuerpo al límite incluso de lesionarlo, como es “el dolor cerebral” (Malabou, 2007). Un orden social que niega la vulnerabilidad y la fragilidad del cuerpo está condenado a producir traumatismos orgánicos y sociopolíticos de manera constante. Dice Fernández-Savater: “Nuestras destrezas, capacidades y saberes son capital humano que debemos crear y gestionar. Somos a la vez el producto el productor y el vendedor del producto cada cual su propia empresa guiado por el esfuerzo constante de autovalorización” (2024, p. 33). El orden neoliberal transforma la identidad en una mercancía. A continuación, reflexiono sobre el neoliberalismo y sus efectos políticos-emocionales.

Romper el cuerpo con felicidad

Trabajar en contextos neoliberales agota. El agotamiento es el gran síntoma de la época de la hiper conexión online, desconexión offline y de la desregulación de la economía, de los vínculos sociales y del sí mismx. Esto genera, según Fernández-Savater (2024), una impaciencia ansiosa, una relación con el mundo y los cuerpos de consumo permanente. Agotadxs, ansiosxs, igualmente debemos mostrarnos felices, es el régimen de lo que llamaré junto a otrxs autores como “felicismo neoliberal” (Illouz y Cabanas, 2019). El felicismo se trata de un paradigma que se nutre de una ola de mercadotecnia cognitiva que se difunde en redes sociales como Tick Tock, rels de Instagram; libros de especialistas en psiquiatría, deporte y nutrición, donde nos bombardean con consejos, prohibiciones, recetas para entrenar el cuerpo y la mente de modo de mejorar nuestras capacidades de rendimiento.

Malabou (2007) analiza la narrativa neoliberal de productividad para una vida cada vez más apta y eficiente que, desde una visión individualista, ser feliz se torna un imperativo moral; un modo de estar y ser afectado por el mercado que genera ansiedad y sanción social sobre quienes presentan síntomas o signos de ineficiencia, disfuncionalidad o fracaso. Por eso, no se refieren a sentir felicidad, sino que a un deber ser y a un objetivo de vida; una norma, una economía y, por tanto, una tecnología de dominación. Para esta felicidad neoliberal debe existir ausencia de dolor, disposición al esfuerzo constante y adaptación, lo que suele llamarse inteligencia emocional. Para su difusión, existen especialistas, coachees y profesionales de la salud que nos dan métodos, datos y hasta fórmulas para alcanzar el rendimiento y la felicidad que es ahora medible y comprable. Al decir de Illouz y Cabanas (2019), los repertorios del mercado se entrelazaron con el lenguaje de la psicología y, combinados, proporcionaron nuevas técnicas y sentidos para forjar renovadas formas de sociabilidad basadas en el cálculo capitalista.

De modo que “ser feliz” es traducido en el neoliberalismo como tener una actitud “positiva”, lo cual lejos de ser un estado anímico o mental, es un elemento ideológico del orden neoliberal (Ehrenreich, 2009). Este paradigma felicista se compone de la ideología del “pensamiento positivo”, la cual consiste en la imposición de un optimismo como

estado cognitivo constante, como una expectativa consciente que se presenta al alcance de la voluntad de todxs. Desde esta lógica, mantener un enfoque vital y optimista es resultado de practicar el pensamiento positivo; por tanto, no hay motivos para fracasar en el intento. En efecto, el reverso de “lo positivo” es su tácita insistencia en la responsabilidad individual: si te sientes frustrada, deprimida o angustiada es porque no te esmeras lo suficiente para mejorar. Así, el neoliberalismo como orden emocional y somático se introduce también en la cultura y en la política, incluso hasta alcanzar la imaginación social del orden que deseamos. Fernández-Savater (2024) llama a este orden “capitalismo libidinal”, ya que el mundo se mueve como cada unx es motivado a moverse por los afectos y el capitalismo obtiene energía de las emociones y la líbido que direccionamos a la productividad constante.

Estos paradigmas que son motores y efectos del neoliberalismo en la administración de la vida planetaria se acompañan del trabajo de intelectuales orgánicos que tornan fenómenos singulares-sociales-políticos como la depresión, en asuntos de rentabilidad política-económica privada para los monopolios farmacéuticos y médicos. Como dato de este conflicto sociopolítico en salud mental, un estudio publicado por *The Lancet* en 2021, calculó que la pandemia por el COVID-19 había provocado a nivel mundial 53,2 millones de casos depresivos graves y 76,2 millones de casos de trastorno de ansiedad. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la depresión será la principal causa de discapacidad social en 2030, y ya afecta a más de 300 millones de personas. Todos estos cuadros psicológicos que se expresan individualmente son también sociales, pero solo se intervienen en ellos con estrategias de “medicalización” que consisten en transformar un fenómeno multicausal en un problema principalmente médico. Así, el discurso de patologización de las afectaciones tristes desacredita estos sentimientos que podrían ser impulsos políticos de desagrado con el orden social y los torna insatisfacciones privadas o defectos psicológicos. Las políticas neoliberales achican el encuentro social en la esfera pública y se vivencian como una fuerza de opresión sobre los cuerpos que son cada vez más aisladx y responsabilizadx por su supervivencia, reduciendo sus estrategias de curación a la consulta con especialistas y burocracias que dan respuestas estandarizadas e individualizantes a situaciones que, siendo singulares, son al mismo tiempo sociales.

En ese marco, padecimientos como la depresión pueden comprenderse como efectos asociados a formas de vida individualistas y precarias, que son obligadas a seguir un ritmo productivo de mercado para sobrevivir, el cual lastima el cuerpo, lesiona el cerebro y luego nos expulsa de sus relaciones de producción “porque estamos enfermxs”. Quienes fracasan en la demanda productiva constante del mercado, deben además gestionar la ansiedad que esto produce a través de la industria de la salud mental y las farmacéuticas; es decir, volver a recurrir nuevamente al mercado; por eso, la ganancia de este último es infinita.

Al respecto, Cvetkovich (2024) sugiere que estos padecimientos y sentimientos negativos masivos, que podrían ser un posible recurso para la acción política en lugar de su antítesis, son patologizados y vueltos indeseables en sociedades neoliberales donde la depresión, que era su contracara, ahora es vuelta enfermedad y masificada, para cumplir

con los fines lucrativos del capital. Además, se agrega la incertidumbre que produce un mundo donde el empleo escasea y el miedo a perder derechos es una constante, donde lxs sujetos aceptan flexibilizarse y medicarse para seguir productivxs. En esta dirección, Ngai (2007) nos habla acerca de cómo los sentimientos feos como el desencanto, la ansiedad, la ausencia o el cinismo, que históricamente podrían haber sido modos de resistencia al trabajo fabril, hoy son integrados y vuelven renta en el capitalismo contemporáneo a través de la corporación médica-psiquiátrica y farmacéutica.

Archivos anímicos: Depresión, impotencia y bronca



“No era depresión, era capitalismo”. Grafitis masivos en carteles, paredes, memes y redes sociales de Santiago de Chile (octubre de 2019 y marzo de 2020, a razón del estallido social estudiantil y obrerx).

Desde los materialismos feministas diríamos que es depresión porque es capitalismo. Inseparables los malestares individuales de las condiciones en que vivimos y trabajamos. De hecho, en mi experiencia como docente, el discurso patologizante de las afectaciones tristes ha generado masas de estudiantes que se sienten agotadxs, deprimidxs y ansiosxs a causas de sus empleos, desocupación y crisis social; además de culposxs por sentirse desagenciadxs (como pacientes de), necesitadxs de terapia psicológica y de pastillas psiquiátricas. Entre algunas de estas escenas psicopolíticas que vienen a mi mente en el quehacer docente universitario, grupos estudiantes se narran deprimidas, ansiosas, medicadas con sertralina, rivotril u otros psicofármacos que les permiten “funcionar” en la vida cotidiana y responder a la exigencias laborales y académicas. Lejos de politizar sus malestares o buscar respuestas colectivas, los modos sensoriales y cognitivos de no encajar en el mundo, son anulados como territorio de investigación y resistencia a través del aislamiento social, las pastillas, el aumento de consumo de redes sociales, anestésicos y diversos placebos.

En ese sentido, estamos canalizando el malestar social como mero problema de salud mental individual, por lo que la crisis política impacta en una crisis sanitaria generalizada, donde escasean lxs profesionales de la llamada salud mental y proliferan las burocracias especializadas en una racionalidad higienista y conductual sobre el campo de nuestras emociones y sentimientos. Los problemas socio-psico-vinculares se administran en todas las instituciones desde una nueva burocracia de especialistas en temas como salud mental, género, conflictos laborales, etcétera, quienes se especializan

y coinciden con estrictos protocolos “basados en evidencias”, los cuales buscan estandarizar decisiones y ganar así un aura de objetividad. Gozan de mala prensa aquellos agentes que tengan criterios temporales, creativos y situados, que prioricen la sensibilidad política de la experiencia y el activismo en las diferentes problemáticas. Esto se evidencia en el campo de los problemas de género, donde los Estados acuden a técnicas de género a las que se les despoja de su condición de activistas para que se constituyan en voces autorizadas que prestan servicios a usuarias o clientas.

Asimismo, es interesante pensar desde Cvetkovich (2024) nuestros archivos anímicos militantes que, en el caso de los feminismos, nos lleva a dos estrategias prioritarias para dar respuesta a la violencia por razones de género: la acción directa del escrache y/o la denuncia en dispositivos institucionales dispuestos a tal fin y tras la figura de la víctima. En ambas estrategias, el efecto disruptivo que conseguimos generar en una época ya no estaría funcionando para cambiar las relaciones sociales o para hacernos sentir mejor. En relación a la estrategia de la denuncia institucional y el pedido de aumento de castigos penales y discursos punitivos que fueron muy importante en la Argentina durante los periodos 2015-2019, el feminismo y el Movimiento #Niunamenos motorizó denuncias sobre las cifras de femicidios en el país, instaló la agenda estatal de atención de la violencia por razones de género, entre otras reacciones; pero es necesario reflexionar sobre el llamado paradigma de la víctima desde donde se terminaron impulsando luego en lo individual muchos de estos reclamos (Pitch, 2024; Cerruti, 2007).

Sobre el paradigma de la víctima, Cerruti (2007) define al victimismo como la tendencia a posicionarse como actor social desde la condición de víctima, ya sea real o percibida. El autor distingue entre la palabra “víctima”, la cual designa a quien ha sido sometidx a una situación traumática, del ser “víctima” como un tipo particular de reconstrucción identitaria (que no es la única posible), de quien ha pasado por esa situación y ha sobrevivido. En efecto, ser “víctima” es el efecto performativo de un relato inserto en una narrativa particular, la cual se genera socialmente y que podemos denominar victimismo. Las narrativas victimistas generan individuación de los conflictos; la personificación e individualización de la culpa en un único responsable del conflicto y la búsqueda de castigo y venganza (Cerruti, 2007). Además, Pitch (2024) reconoce una despolitización de los conflictos que se acompaña de procesos de criminalización de los fenómenos sociales.

Brown (2019) agrega otra dimensión más al conflicto de la demanda de justicia, al pensar el modo en que su materialización en derechos que sean direccionados en términos de género afianza la regulación de las mujeres por medio de normas de la feminidad. Los derechos se presentan como neutrales y universales; por eso, en terminos de la autora, fortalecen el estatus subordinado de las mujeres y aumentan el poder de los que ya son poderosos. Con relación a la violencia por razones de género, las leyes que regulan en Argentina como la “Ley contra la violencia de género” o la “Ley Micaela” que han sido grandes conquistas sociales, también derivan estrategias de atención de la violencia que performan no solo una feminidad sino una forma victimista de ser mujer o hacer género.

La paradoja consiste, entonces, en que los derechos que dan cuenta de alguna especificación de nuestro sufrimiento, perjuicio o desigualdad, nos encierran en la identidad que viene definida por nuestra subordinación; mientras que los derechos que esquivan esa especificidad no solo sostienen la invisibilidad de nuestra subordinación, sino que, incluso, la aumentan potencialmente (Brown, 2019, p. 48).

Por otro lado, en relación con la estrategia del escrache, motorizado predominantemente por sentimientos como la impotencia, bronca, tristeza y rabia, los feminismos materialistas de la negatividad de la materia contribuyen a despatologizarlos y tornar estas afectaciones negativas como un asunto de investigación, acción y descripción de cómo opera el poder sobre nuestras prácticas feministas. Es decir, ¿Qué nos hace la impotencia frente a la no respuesta de las instituciones? ¿Qué nos informa el hartazgo que tenemos en la dinámica de la denuncia? ¿Cuáles son los efectos no deseables de los escraches de los que tenemos que hacernos cargo? ¿Es posible una acción transformadora del estatus que sin efectos dañinos para alguna parte? Los límites de las estrategias de abordaje de la violencia por razones de género que advertimos, “marcan la necesidad no solo de nuevas visiones de futuro, sino también de la energía afectiva para sostenerse en la decepción” (Cvetkovich, 2024, p.27).

En ese sentido, ansiosas por encontrar respuestas, los feminismos no nos sostenemos en la decepción y en la incertidumbre, sino que nos abocamos a seguir insistiendo en los mismos protocolos de atención de la violencia por razones de género que, desde un lenguaje formal y técnico, así como de neutralidad política que intenta regular el conflicto social. Para analizar la confianza generalizada que en Argentina hemos depositado en estos dispositivos institucionales de atención de la violencia por razones de género, podríamos tomar la categoría de Lauren Berlant (2020) de *optimismo cruel*, como aquellos mecanismos de regulación de las relaciones conflictivas en diferentes escenarios sociales (familias, aulas universitarias, etcétera), donde nos apegamos a objetos significativamente problemáticos que acaban constituyéndose en obstáculos para la agencia, ya que se encuentran sostenidos en abstracciones sentimentales que se imponen como supuestas garantías de buena vida. Así, la denuncia institucional expresa una fe ciega en la mejoría una vez que estos dispositivos intervengan en el problema.

Este tipo de optimismo es contrario a aquel que elige el escrache o la acción directa, donde se presume la incapacidad institucional de reacción ante aquello que oprime y lejos de agenciarse de modo individual, suele implicar otros cuerpos en el movimiento. Si bien en estas acciones se cometen errores, no son las técnicas ni las expertas en género quienes emprenden ni recomiendan estas prácticas, sino aquellas que padecen el problema: las locas, las histéricas, las borde, etcétera. Su verdad no se encuentra, no se comprueba, se construye desde las pasiones y la acción, no necesariamente motorizadas por sentimientos de justicia, sino también de bronca y venganza. Es por ello por lo que las consecuencias de estas prácticas no solo no hacen

justicia para “las víctimas”, sino que producen daño en el entorno como en el individuo acusado que es aislado y patologizado.

Asimismo, las denunciantes deben asumir lo que Pitch (2024) denomina narrativa victimista, la cual atraviesa los discursos públicos y sustituye el término “oprimidxs”, fortaleciendo un paradigma donde la persona no tiene otra opción que identificarse con esa categoría si quiere ser oída. Existe un modo en que hay que encarnar la denuncia y es desde la figura de la “buena víctima” para que el testimonio sea creíble para las autoridades de las instituciones de las que se trate. Agregó que el victimismo transforma todo conflicto al plano del litigio formal, dentro del cual la víctima se constituye en querellante, a la cual se le exige que proporcione pruebas que permitan establecer la “realidad” del daño al que ha sido sometida. Esto torna a los espacios institucionales - que deberían ser de escucha- en escenarios de juicio sobre el relato de la víctima, donde se termina negando el daño, el dolor y revictimizando a las víctimas.

Asimismo, las estrategias y sus particulares mecanismos de justicia exigen que quienes busquen respuestas sean cuerpos totalmente capaces y que, a pesar de encontrarse afectados por el trauma de la violencia, desorientadx, rabiosxs y/o deprimidxs, agencien determinadas prácticas asociadas al capacitismo: un cuerpo sano, enérgico, con un estado de ánimo aguerrido para denunciar, manifestarse y solicitar justicia. En el caso de las denuncias, el cuerpo se pone a disposición de una fe en que el Estado repare y genere mediaciones pacíficas en situaciones de violencia. Así, en una demanda estatal esquizoide, las denunciantes deben asumir trámites engorrosos desde la incertidumbre y el malestar, donde se les exige hablar, pero callar, narrar una y otra vez lo que han vivido para verificar su verdad y sostener una actitud cauta y pacífica ante quienes infligieron el daño. La exigencia de pacificación del ánimo y las emociones lejos está de reconocer los sentimientos que acompañan estas situaciones y que también informan de las situaciones de injusticia histórica que se padecen.

En ese sentido, advertir las afectaciones e identificaciones que se producen cuando se efectúan procesos de denuncia institucionales o se recurre a escraches o modalidades de acción directa para evidenciar casos de violencia por razones de género, sería una interesante indagación colectiva. Es necesario que analicemos no solamente los sufrimientos y problemáticas que generaron cualquiera de las opciones que los cuerpos comprendidos eligieron, sino los efectos de identificarse como “víctimas” o como agentes que “vengan” una violencia, par dicotómico en el parecemos caer una y otra vez. El lugar de víctima es un espacio de desagenciamiento de quien se torna el sujeto de la compasión y cuidado de la intervención política, aunque en otros escenarios y sujetos también suele ser una *treta del débil*. Puede que otras respuestas se encuentren en el resentimiento, en la depresión, en la rabia, en el odio o en la angustia; sentimientos viscerales de los que nos habla Wilson (2021) y que se refieren a respuestas afectivas altamente mediadas por el cuerpo que se manifiestan a través de reacciones emotivas y corporales que son políticas, especialmente para las mujeres y disidencias sexo-genéricas a lo largo de su historia (Macón, 2017).

Enfoque y debates

“La destructividad de nuestra cultura occidental, no está solo institucionalizada, sino también incorporada psíquicamente”.

Amador Fernández-Savater

Este ensayo se nutrió de la lectura y puesta en diálogo de los feminismos materialistas, decoloniales y del giro afectivo, encontrando proximidades entre estas corrientes en relación con la superación de dicotomías occidentales como razón-emoción; naturaleza-cultura; cuerpo-mente, entre otras. Y, a su vez, por la relevancia que adquieren en todas estas corrientes la atención a la singularidad del sujeto sin perder de vista sus atravesamientos sociales y posición en la estructura social.

Los materialismos críticos feministas ya pueden ser localizados en los 70`, sobre todo en la escuela francesa e italiana (Colette Guillaumin, Paola Tabet y Nicole Claude Mathieu, 2005) pero se complejizaron en las últimas décadas a partir de una fuerte crítica al posestructuralismo feminista desde el compromiso con la agencia material y en el cuestionamiento al exceso de confianza en el poder del discurso para la determinación de lo social (Barad, 2007; Wilson, 2021). En esta línea, se trata de reconocer la agencia de la materia, no solo la del cuerpo, el sexo y el género, sino que se propone abordar críticamente la occidental dicotomía entre naturaleza y cultura, mente o cuerpo, etcétera. De modo que importan tanto los cuerpos como los objetos y el poder inmanente de toda materia que nos rodea.

Al respecto, Barad (2007) tensiona aún más el campo reflexivo, llevándonos a pensar sobre el carácter temporal e histórico de la naturaleza y no solo de la cultura. De lo que se trata en este enfoque, es de abandonar las pretensiones antropocéntricas para abrirnos al mundo de la materia, donde el cuerpo ya no posee líneas divisorias tan claras entre animales-humanos-máquinas, un adentro y un afuera, entre razón y emoción. Aquí las emociones y los sentimientos son tan importantes como el discurso que lxs sujetos establecen sobre el mundo, así como los procesos físicos de la materia misma que nos hace cuerpo orgánico y no. Para Wilson (2021) la materia biológica en está tan viva como lo social y puede ser “tan perversa” y descontrolada como cualquier arreglo afectivo, social, cultural, económico, histórico o filosófico. En efecto, esto nos plantean el desafío de abordar la biología como un ámbito del feminismo y recuperar nuestro saber acerca de la materia y el cuerpo, no como determinando a priori, sino como un elemento que interactúa con lo social, lo cultural y lo discursivo.

A partir de este enfoque, el Neoliberalismo puede ser pensado no solo como un orden económico, social y discursivo, sino como un estresor crónico del cuerpo físico-psico y anímico de la población. La situación socioeconómica, la violencia política y las diversas desigualdades que produce el capitalismo, colaboran para que una persona desarrolle afectaciones, sentimientos y padecimientos propios de la interacción con el orden social, que suelen ser tomados por el mismo como un mero diagnóstico psiquiátrico individual, como puede ser la manía o su contracara, la depresión. La depresión es un estado de ánimo que se considera de impotencia o en palabras de Ngai (2007) un estado

de agencia obstaculizada, un padecimiento a medicalizar, en cuyo desarrollo no existe ninguna información que tomar sobre unx mismo y el entorno en que vivimos. Al contrario, Wilson (2021) nos desafían a pensar la manera en que ciertos estados mentales y anímicos se representan en el cuerpo y efectúan transformaciones materiales y viceversa; “cómo el sustrato biológico tiene capacidad para el placer y la destrucción, para la expresión de los deseos y el pensamiento complejo” (Wilson, 2021, p. 114).

También, Malabou (2007) se inscribe en esta lectura compleja de la realidad psico-material de los cuerpos, desde una ontología que reconoce la interdependencia de la mente, el cerebro y lo social, en una relación compleja y cambiante. La autora insiste en la necesidad de hacer frente al pensamiento binario moderno que distingue entre emoción-razón, naturaleza y cultura, mente-cuerpo y nos invita a mirar la materia como un lugar desde donde abordar el orden social y transformarlo. En este aspecto existen coincidencia con el feminismo descolonial y su crítica al pensamiento binario occidental como con el Giro Afectivo y su énfasis en los afectos, las emociones y los sentimientos que interpela dicotomías como razón-emoción o lo público-privado.

Siguiendo estas pistas, las emociones y sus afectaciones físicas, pueden considerarse interpretaciones materiales de situaciones o problemas socio históricos e ideológicos de manera distintiva. Son experiencias sociales e históricas, que pueden contribuir a comprender un clima de época. Para Ngai (2007), en este marco son especialmente importantes los sentimientos considerados feos, negativos o despreciables como la envidia, la ira, la irritación o el estupor, en tanto sentimientos que emergen con fuerza en estos contextos y que socialmente se encuentran punidos o mal vistos, sobre todo porque se asocian a las mujeres a lo largo de la historia. Sin embargo, al ser emociones que no deberíamos sentir, generan una distancia irónica que las pasiones más grandes y prestigiosas no lo hacen, lo que nos mueve a reflexionar y analizar el entorno. De lo que se trata es de aprovechar estas emociones como oportunidades de reflexión e indagación social, superando la sospecha moral que las oculta y condena.

En ese sentido, Ann Cvetkovich (2024) plantea similares caminos para la depresión, cuando se pregunta sobre esta afectación como posible resultado de una genealogía colonial, genocida, esclavista y segregativa en Nuestra América. Lejos del mero desequilibrio químico que el monopolio farmacéutico anuda como explicación, junto con el discurso médico y psico-conductual de la época neoliberal, la autora rastrea los diferentes modos en que la sociedad ha lidiado con la depresión. Así, nos enseña un modo de indagación en el afecto como fuerza de inmovilidad, como intensidad, como la capacidad de detener o mover y ser movido (inspiración por lo que escribo este ensayo). Por tanto, la naturaleza somática o sensorial de los sentimientos, en cuanto experiencias que no se reducen a conceptos o construcciones cognitivas, sino que son materiales, físicas y biológicas, nos permiten analizar el neoliberalismo con la lente de los sentimientos y afecciones de la vida afectiva cotidiana y desde múltiples cuerpos y posiciones, especialmente de quienes suelen ser desautorizadxs como portadores de saberes: mujeres, trans, travestis, locxs y niñeces, entre otrxs.

Como Ann Cvetkovich (2024), autoras como Berlant (2020) o Ahmed (2010), desarrollaran una teoría crítica de los afectos como aspecto clave de evaluación política.

Es decir, abordan el papel de los afectos en la vida pública, criticando distinciones rígidas entre la esfera pública y privada, la asociación entre sufrimiento y victimización o la vinculación clásica entre sentimientos considerados positivos como el orgullo para la acción política. Se trata de un enfoque que intenta dar cuenta de la dimensión afectiva involucrando la razón y pasiones. Las emociones aquí no son estados psicológicos, sino prácticas sociales y culturales (Ahmed, 2004, p. 9), de allí la relevancia de abordar estos procesos críticamente. Necesitamos comprender estas afectaciones indagando en el cuerpo y las emociones, anudándolas con las genealogías históricas de opresión “y con ejercicio de atención plena a las potencias que laten ya en situaciones que atravesamos (y nos atraviesan). Revindicar nuestras condiciones de vida, la sanación y la revolución” (Fernández-Savater, 2024, p. 32).

Estos planteos se emparentan con los feminismos descoloniales y en especial con las feministas comunitarias y de la red de sanadoras de Guatemala en la voz de Lorena Cabnal, cuando nos dicen “sanando tú, sano yo”. Una forma colectiva de abordar los malestares sociopolíticos que nos atraviesan la carne y sacarlos del mundo privado. Hace décadas que las feministas descoloniales sostienen que la lucha por el cuerpo es también por la autonomía de la tierra y la protección del territorio. Sanarnos es un acto personal, colectivo y político, porque aporta a tejer lo que Cabnal (2022) llama “la red de la vida”. La descolonización es una práctica de recuperación emocional y espiritual, no solo racional de las mujeres y sexo-género-disidencias haciendo una defensa del territorio cuerpo y del territorio tierra. Las feministas guatemaltecas como Cabnal, nos hablan de la recuperación y la defensa del territorio cuerpo, desde donde nacen y se reproducen las opresiones del sistema patriarcal, como el colonialismo, el racismo, la misoginia, la lesbofobia y todas las afectaciones de odio. Pero también es desde donde podemos crear resistencias, erotismos, nuevas formas de lidiar con lo cotidiano ya, ahora mismo. Quizás así no se niegue la violencia por razones de género en el mismo momento en que está aconteciendo, que nos animemos a interpelar estas prácticas sintomáticas de una masculinidad neoliberal que rapiña la vida sin detenerse a reflexionarlo, a pasarlo por lo sensible. Es desde la recuperación del tejido social y no desde su patologización, encierro, medicalización e individuación donde encontraremos respuestas que confronten con el mandato neoliberal de la normalidad productiva. No es la cárcel ni el hospicio sitios donde cuerpos dañados y lesionados podrán tomar otros caminos ni abrir oportunidades para otros. La lucha es anímica, es libidinal, es material del cuerpo orgánico y de las relaciones sociales, la alquimia es reunir todo este enjambre (como supo hacer el neoliberalismo), para una ofensiva politizante de los malestares de época.

Reflexiones finales

“Hacemos Fracking en el subsuelo de la tierra y en el subsuelo de nosotros mismos”.

Fernández-Savater

Saqueamos nuestras energías y las entregamos a todas las competencias que libramos a diario. Desde que nos levantamos hasta que vamos a dormir, vivimos acorde al mandamiento neoliberal de ser felices, aprovechar al máximo el tiempo y tornarlo siempre rentable. Somos pobres en tiempo y en espacios de ocio para encontrarnos con otrxs. Y cuando nos encontramos, se torna difícil escapar a mandatos neoliberales que hemos introyectado como sangre, hablo del punitivismo, del victimismo y de la meritocracia que se adueñan por momentos de nuestros reclamos.

En ese sentido, desde el 2015 en adelante, momento del estallido del #niunamenos, el *optimismo cruel* se ha expresado en nuestras expectativas desmedidas acerca de las potencialidades que existían en las respuestas estandarizadas, técnicas, expertas y de aumento del derecho penal para abordar los conflictos que otrora eran campos de los activismos feministas en la calle. Así, evidenciamos una confianza ciega en que la mediación institucional es la mejor respuesta posible o la que tenemos más próxima para resolver estos asuntos, sin advertir que actualmente funcionan como una limitación a la creación e imaginación de otras prácticas feministas, incluso obstruyendo la posibilidad de recuperar memorias o experiencias pasadas de lidiar de modo distinto con estos mismos problemas. En efecto, la lógica de la temporalidad lineal occidental y desmemoriada del neoliberalismo, ese presente continuo, no nos permite abordar la esperanza productiva de indagar tanto en el pasado como en el porvenir, para encontrar otras formas de respuestas a la violencia por razones de género. Quizás, en el pasado existan nuevas afectaciones, experiencias, emociones, ideaciones o creatividades para lidiar con la conflictividad de las relaciones sexo-genéricas que las que hemos ya protocolizado y aprendido.

Finalmente, existe relación entre el mandato felicista, la patologización de nuestros malestares sociales y el avance neoliberal. Este orden traga y digiere aquello que lo combate, traduciendo las demandas sociales en derechos universales y homogéneos que contribuyen lo mismo que despotencian las luchas que le dieron origen. Quizás, las resistencias deban nutrirse más del cuerpo y sus afectaciones, de emociones que nos distancien de la productividad y amplíen el campo de lo sensible. Nuestros organismos agotados están hablando, escucharlos requiere descolonizar nuestros marcos epistémicos de relación con el mundo y con nosotrxs mismxs.

Recibido: 05/11/2024

Aceptado: 26/12/2024

Referencias Bibliográficas

- Ahmed, Sara (2010). *The Promise of Happiness*. Duke University Press.
- Barad, Karen (2007). *Meeting the universe halfway: Quantum physics and the entanglement of matter and meaning*. Duke University Press.
<https://doi.org/10.1215/9780822388128>
- Berlant, Laura (2020). *El optimismo cruel*. Caja Negra.
- Brown, Wendy (2019). *Estados del agravio: poder y libertad en la modernidad tardía*. Lengua de Trapo.
- Cabnal, Lorena (2007). *Sanar de la violencia [Video]*. Red de sanadoras ancestrales del feminismo comunitario en Guatemala. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=U3zVvCafBrs>
- Cabnal, Lorena (2010). *Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. Las Segovias*. En *Feminismos diversos: El feminismo comunitario* (pp. 11-25). ACSUR.
- Cerruti, Pedro (2007). *Una aproximación a las narrativas de la victimización*. *Question/Cuestión* 1(15), s/p.
<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/399>
- Cvetkovich, Anne (2024). *Depresión. Un sentimiento público*. Coloquio de Perros.
- Delphy, Christine (1998 [1970]). *El principal enemigo: Economía política del patriarcado*. Syllepsis.
- Ehrenreich, Barbara (2018). *Sonríe o muere: La trampa del pensamiento positivo*. Turner Noema.
- Falquet, Juliet (2017). *La combinatoria straight: Raza, clase, sexo y economía política: análisis feministas materialistas y decoloniales*. *Descentrada* 1(1), 1-17
<https://www.descentrada.fahce.unlp.edu.ar/article/view/DESe005>
- Federici, Silvia (2014). *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpos y acumulación primitiva*. Entremonde.
- Fernandez-Savater, Amador (2024). *Capitalismo libidinal*. NED.
- Guillaumin, Colette, Tabet, Paola y Claude Mathieu, Nicole (2005). *El patriarcado al desnudo: Tres feministas materialistas*. Brecha Lésbica.
- Guillaumin, Colette (1992). *Práctica del poder e idea de la Naturaleza: La apropiación de la mujer y el discurso de la Naturaleza. El lado de las mujeres*.
- Hedva, Johanna (2015). *Teoría de la mujer enferma*. Recuperado de <https://primeravocal.org/teoria-de-la-mujer-enferma-de-johanna-hedva/>
- Illouz, Eva. y Cabanas, Edgar (2019). *Happycracia*. Paidós.
- Lugones, María (2008). *Colonialidad y género*. *Tábula Rasa* (9), 73-101.
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39600906>
- Malabou, Catherine (2007). *¿Qué hacer con nuestro cerebro?* Arena Libros.
- Ngai, Sianne (2007). *Ugly feelings*. Harvard University Press.
- Ochy, Curiel (2008). *La crítica postcolonial desde el feminismo antirracista*. En *Coloquio de Género*, UNESCO.

http://www.urosario.edu.co/urosario_files/1f/1f1d1951-0f7e-43ff-819f-dd05e-5fed03c.pdf

Organización Mundial de la Salud (2022). La OMS subraya la urgencia de transformar la salud mental y los cuidados conexos. <https://www.who.int/es/news/item/17-06-2022-who-highlights-urgent-need-to-transform-mental-health-and-mental-health-care>

Paredes, Julieta (2008). Feminismos disidentes en América. Ediciones fem-e-libros.

Pitch, Tamar (2024). El malentendido de la víctima: Una lectura feminista de la cultura punitiva. Tinta de Limón.

Segato, Rita (2013). La crítica de la colonialidad en ocho ensayos: Y una antropología por demanda. Prometeo.

The Lancet (2021). El informe de 2021 de Lancet Countdown sobre salud y cambio climático: Código rojo para un futuro saludable. <https://www.thelancet.com/pb-assets/Lancet/Hubs/countdown/translations/Spanish21-1634644131037.pdf>

Viveros Vigoya, Mara (2008). La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual.

http://ucaldas.edu.co/docs/seminario_familia/Ponencia_MARA_VIVEROS.pdf

Wilson, Elizabeth (2021). Feminismo de las tripas. ClubHem.

